

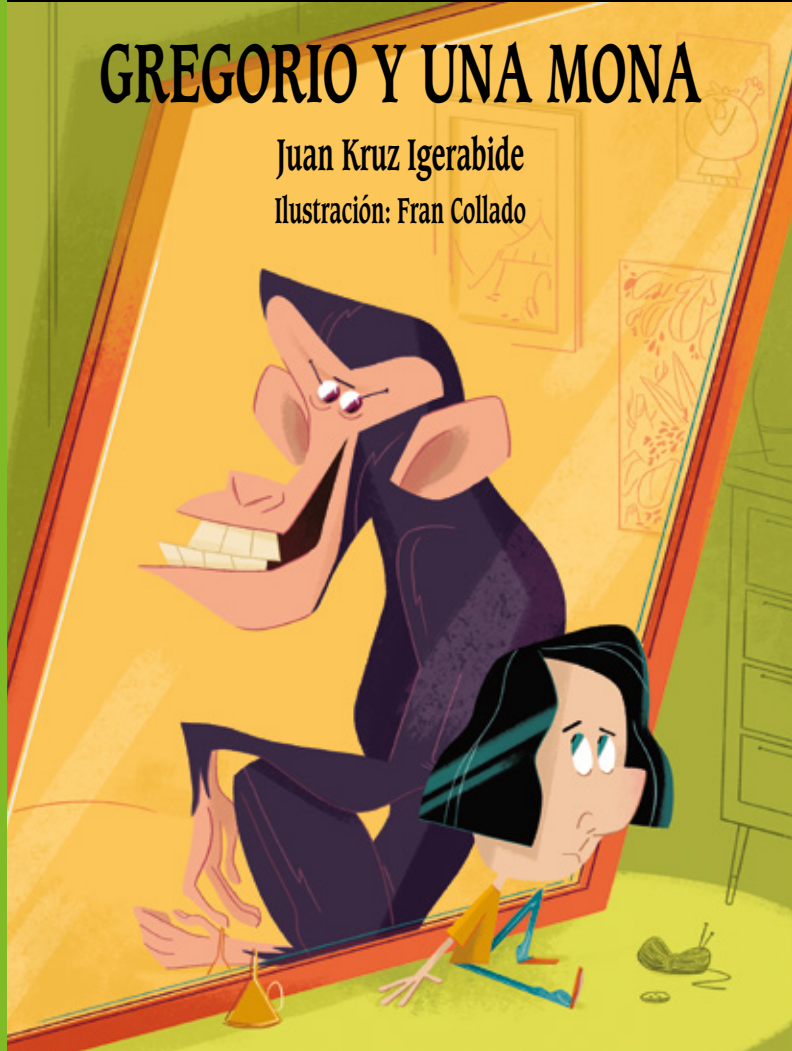


E L D U E N D E V E R D E

GREGORIO Y UNA MONA

Juan Kruz Igerabide

Ilustración: Fran Collado



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Juan Kruz Igerabide, 2020
© De las ilustraciones: Fran Collado, 2020
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, febrero 2020

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-6655-9
Depósito legal: M-149-2020

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Juan Kruz Igerabide

GREGORIO Y UNA MONA

Ilustración: Fran Collado

Q U E R I D O L E C T O R

Apreciada lectora, apreciado lector:

Pensarás que no tengo el gusto de conocerte, pero creo haberte visto allí, balanceándote en el columpio de la luna, donde subo cada vez que me monto en un libro cohete a descubrir mundos y otros juguetes que inventa la vida cada día, a cada minuto. Seguro que hemos coincidido columpiándonos y nos hemos pinchado por descuido con la misma estrella, y hemos llorado y hemos reído juntos.

Ahora te invito a subirte a este libro-cohete y a atravesar un espejo. Eso ya lo intentó Alicia en su *A través del espejo*, y mucho antes otros personajes que atravesaron el espejo del agua para acceder a mundos fantásticos.

No te voy a engañar. El espejo al que te invito tampoco está exento de peligros. Tal vez te encuentres con tus propias entrañas, y luego a ver cómo sales de allí. Tal vez te encuentres con tu yo reflejado en los otros, y luego a ver cómo vuelves a tu yo mismo. Tal vez te encuentres con personas que necesitan ayuda, y con gente que va a lo suyo y no te deja ir a lo tuyo. Pero seguro que también te topas con personas que te ayudarán, te querrán y te sacarán del agua si te estás ahogando. Pídeles ayuda si te ves en apuros.

Ven, sígueme, pero no te despistes, porque anda una mona por ahí que...

J.K. Igerabide

ANTE EL ESPEJO

ESTA MAÑANA me he dado un susto de muerte. Soñoliento, me miro en el espejo de la cómoda y ¿qué veo? ¡Un mono catarrino! Lo primero que hago es pellizcarme fuerte, para comprobar que no estoy soñando. Me tiro de los pelos, me muerdo la lengua. Pero ahí sigue el mono catarrino. Me miro las piernas, los brazos, me palpo la cara. Estoy igual que siempre. A este lado del espejo sigo siendo el Gregorio de toda la vida. ¿Pero por qué el espejo me devuelve la imagen de un mono?

El mono ese que me mira desde el espejo empieza a moverse sin que yo me mueva, se ríe y hace monerías sin que yo haga nada. No depende de mí, hace lo que le da la gana. Estoy tan estupefacto, que yo también me echo a reír, por los nervios, y me pongo a hacer monerías.

Tengo que calmarme. No soy de los que se toman las cosas a la tremenda. Tengo que ser práctico.

—Ji, ji. Buenos días, compi —le digo al del espejo, tratando de disimular mi nerviosismo y ganarme su confianza.

Las imágenes de los espejos no contestan, pero esta sí:

—Días buenos, memo.

Mal empezamos; el mono se pone guasón y maleducado. Mejor dicho: ¡guasona y maleducada! Porque, ahora que la observo con detenimiento, se trata de ¡una mona catarrina! Me quedo perplejo mirándola. La mona catarrina me mira a su vez.

—¡Qué pasa! ¿Es que monos en la cara tengo o qué? —me dice, haciendo muecas con los labios.

—Vaya. Supongo que eres mi doble. O mi dobla.

—O triple, o tripla. Mira este.

Por una parte, la mona catarrina me divierte y despierta mi curiosidad. Pero no me gusta cómo me habla. Yo siempre he sido divertido, sí, pero no un descarado.



—Oye, mona: ya que eres mi doble, deberías imitarme.

—¡Ja! Ya puedes sentado esperar. ¿Imitarte a ti, soso? ¿Acaso por una imitamonos me tomas?

—Eres mi doble, y solo existes si me miro en el espejo. ¡A que me marchó!

—Con viento fresco vete, monada. Arréglo-melas sola.

Me enfado y me alejo del espejo. Me quito el pijama, me peino al tacto, me visto, me vuelvo a peinar, me pongo los zapatos y me dirijo a la puerta. Creo que sigo teniendo el mismo aspecto de siempre, pero, por si acaso, me examino el cuerpo, me toco la cara. Ahora solo falta comprobar cómo me ven los demás. Y eso me da un poco de miedo.

Vuelvo tras mis pasos y me asomo al espejo. Ahí está.

—¡Qué! —me dice—. ¿A que no puedes sin mí vivir, eh? Carne y uña somos. Carne, yo; uña, tú. Ji, ji.

Mira qué graciosa. Corro al cuarto de baño con la esperanza de que el otro espejo me devuelva la imagen de siempre. Pero inmediata-

mente asoma la mona catarrina, saltando con los brazos en alto.

—¡Primer! ¡Primer he llegado! ¡Te gané!
—grita con alborozo.

—¡Gregorito! —me llama mi padre desde la cocina—. ¡A desayunar, que se hace tarde!

La mona catarrina se troncha de risa:

—¡Gregoriiiito! ¡Gregoriiiito! Vaya nombre más ridi. Gregoriiiito. Ji, ji.

Mi madre suele salir temprano a trabajar en una empresa. Mi padre, que es maestro, me acompaña a mi colegio, y camina un poco más hasta el suyo.

Entro en la cocina con miedo de que mi padre, al mirarme, me vea convertido en mono catarrino. Pero él va a su bola, como siempre. Me tomo el desayuno a toda prisa, me pongo la cazadora, me cuelgo la mochila al hombro y digo:

—Ya estoy.

Mi padre se vuelve para darme el último repaso con la mirada, a ver si todo está correcto. De repente, abre los ojos como platos.

—Pero ¿qué has hecho?

Estoy perdido. Mi padre está viendo a un mono catarrino.

—Te has puesto los zapatos al revés, hijo.
¿No te duele?

Me he calzado el zapato izquierdo en el pie derecho, y viceversa. ¡Qué despiste!

—Anda, hijo: muévete, que vamos tarde.

Me intercambio los zapatos y salgo corriendo por la puerta, aliviado. Tengo el aspecto de siempre.

Í N D I C E

Ante el espejo	7
En el colegio	13
Una cena movidita	22
Cuento de nunca acabar	28
A través del espejo	37
El país catarrino	53
A este lado del espejo	73
Casualidades de la vida.....	88
Una merienda con Amparo	102



EL DUENDE VERDE

En el espejo de Gregorio ya no se refleja él, sino que aparece una mona catarrina. Desde ese momento, Gregorio empezará a comportarse de forma muy extraña, para desconcierto de sus amigos, profesores y padres. Cuando la dichosa mona le engañe, y le meta en el universo del espejo, ella ocupará el lugar del niño y la cosa se complicará todavía muchísimo más.

Edad recomendada
para este libro:
A partir de 8 años

ISBN 978-84-698-6655-9



9 788469 866559

www.anayainfantilyjuvenil.com

1571225

ANAYA